



La transparencia de los días

Víctor R. Casartelli

△▽

La transparencia de los días

Abierto a la comunicación, y no por ello infiel a enigmas esenciales, este libro propone a sus lectores una clara visión de las fuerzas que le dan forma, de los seres que lo pueblan y del mundo que, vuelto pasado, en él revive gracias a la transparencia del tiempo. Poemas escritos a la luz de una fe creadora, fundadora; poemas que celebran el cristal de los días.

Loma Clavel

-5-

*a mi madre,
amor irrepetible*

-[6]- -7-

△▽



Prodigio

A fuerza de pujanza,



las nubes extinguieron
la ardiente solanera del estío.
La claridad declina en su apogeo,
opaca su fulgor, borra las sombras.

5

Se enfría el aire de la tarde. Vuelan

pájaros sorprendidos
por un trueno inmediato y los presagios:
frente a mí, el poniente
empuja nubarrones más oscuros,
estriados de relámpagos;
el sonar presentido allá en la loma.

10

Y tras el denso aroma
de hierba machacada,
de tierra humedecida

15

que un viento suave acerca,
la pródiga certeza airosa avanza;
ya cruza el bosque umbrío,
se asoma al claro, bate el pastizal
cercano, rumorosa

20

golpea los peñascos del contorno
y, de súbito, cuando
el éxtasis me invade,
cuando el deleite ocupa
el abierto bastión de mis sentidos,

25

-10-

un tacto fresco, húmedo,
me envuelve y juguetea
corriendo por mi cuerpo estremecido:
la lluvia.



Indulgencia

Llevo auestas



la pesadumbre de mis extravíos.

Nada me queda por profanar,
 todo me falta por redimir.
 En la oscura senda todavía, 5
 hago un alto
 en la risa de un niño:
 su alegría,
 fluyendo con el agua
 de un grifo a su arbitrio, 10
 baña mi corazón,
 me purifica.

-12-

△▽

Anatema de un amor

Flor de amoroso quebranto

Emiliano R. Fernández

En un jardín cultivado 6
 en los confines del campo,
 cierto zagal, apenado
 por las cartas que no llegan 5
 desde el verano pasado,
 con frías lágrimas moja
 el sortilegio y el nombre
 de aquella flor cuyos pétalos
 ya inútilmente deshoja. 10
 Pues de tal pena ignorante,
 por fabular otra vida
 en la ciudad que la envuelve
 con artimaña infamante,
 la ex ninfa flor, desgajada, 15
 ahora simple Margarita,
 despojada de recuerdos
 tiempo ha que no visita
 la oficina de Correos

-13-

△▽

Padre mío

Los ojos ya no ven

△▽

lo que mi corazón
cuando
apacible

lo agitas.

5

Con tu sangre,

rediviva en mis arterias,
fluye la transparencia
de los días,
de los sueños
que me dieras.

10

-14-

△▽

Tránsito del arriero

A dos horas ecuestres del collado

△▽

y de algunos presagios de tormenta,
detiene su caballo:

de pronto en la pradera

un plácido arroyuelo.

5

Remanso para el arduo recorrido,
a un relincho se ofrece
y a la mirada ausente del jinete.

Deja un temblor concéntrico en el agua

el milagro de cierta sed saciada.

10

Pero siempre sediento
de inciertos horizontes,
las espuelas reinician el acoso
al pulso del galope:

camino a la leyenda de sí mismo,

15

su tránsito ya cifran
los truenos que se acercan retumbando
y el eco de unos cascos que se alejan.




Señales en el parque

Toda la tarde aferrados de las manos,
los dos viejos fuerzan en sus retinas
las siluetas de los amantes jóvenes
que sobrevivirán cuando,
mañana, 5
la noche ocupe el consumido ensueño
del zagal robusto y la doncella frágil
y ellos sigan amándose todavía
en la distanciada dispersión de sus falanges.



Visita a la casa de la infancia

Sin un rumor, callada, 
está la casa en sombras de la noche
y del espectro de la antigua casa.
Materia fuerte que se yergue altiva,
su rostro nuevo impone una victoria 5
material, pero opaca, pues no ciega
al ojo o la memoria que resiste
en el claro bastión de la nostalgia.
¿En dónde están los árboles ausentes,
la morera abolida, 10
la cercenada parra?
¿Adónde se han llevado
el canto sosegado del follaje,
los duendes murmurantes que engendraban
en nupcias con el viento? 15
Sólo un aura silente cruza ahora
las nuevas galerías,
los cuartos remozados,
y muere de orfandad en un presidio
de múltiples paredes. 20

De su cielo menguado,
la lumbre de la luna
desciende sobre un ámbito estragado;
busca la térrea sencillez del patio,

-17-

su húmedo latido, 25
el sapo taciturno tras un cántaro,
los canteros de crotos lujuriantes.

Mas sólo encuentra un páramo de losas,

la árida mudez de la argamasa 30
y el creciente desierto del tejado.

Diluida la imagen del pasado,
un grillo solitario
con su trova inmanente a la tristeza
pulsas el clamor final de mi sollozo.

-18-

△▽

Sortilegio

Navegan los celajes. △▽

La brisa vespertina
presagia entre el follaje
otra noche divina:

en un estanque estrellas, 5

jazmines en el cielo,
la luna sobre el río,
la magia de los besos
en un zaguán sombrío.

-19-

△▽

Plenilunio velado

Delante de la luna △▽

un instante una nube se demora.
En la penumbra súbita en que sume
a una *Villa* que se arruina

en un retazo viejo de ciudad, alguien, sola, muy sola ante el espectro del incesto con su espíritu, mira los rotos balaustres de la glorieta en derrumbe;	5 10
mira ningún jazminero en la maleza implacable y deja rodar unas lágrimas por sus mejillas rugosas: la soledad, gemebunda,	 15
de pronto ha rescatado del bastión de la memoria, el roce de unas manos, el éxtasis del beso que, en cierta noche de antaño de luna idéntica y nube -de fragante jazmín de un jardín impecable-, por única vez conoció.	 20

-20-

△▽

Los pasos perdidos

Cuando la noche se viene con su fanfarria de grillos y su enjambre de luciérnagas en algún predio baldío, quiero volver a los sueños que alenté yo cuando niño: soñar que soy hábil duende en un yuyal escondido donde invento otras estrellas con un palito encendido.	△▽ 5 10
--	---------------------------------------

-21-

△▽

La fiesta de San Juan

En la fiesta de San Juan

△▽

cruzaste el sortilegio de las brasas
 y no te detuviste.
 ¿Dónde estará el ardor de las fogatas
 de aquella fiesta lejana? 5
 Cruzaban bolas de fuego,
 encendidas cornamentas;
 giraba la lotería,
 la calesita giraba.
 En la fiesta de San Juan 10
 no te detuviste.
 Pero allí estaba yo y ahora regreso
 trayendo aquella hoja de papel
 en la que entonces volcaste algo de tinta
 y mucho de tu sueño adolescente. 15
 Despliega ese papel poquito a poco,
 despliégalo sin melancolía:
 del enigma o la forma que adquiriera
 la mancha envejecida entre los pliegues,
 se encenderán los sueños todavía. 20

-22-

△▽

No es el gris del aire

No es el letargo de la lluvia 5
 ni fuesen los naranjos
 llorando en las aceras.
 Es ya la ausencia de los pájaros
 (ocultos en recónditos aleros),
 los pájaros que ausentan la metáfora
 cabal de la alegría,
 aquella que nos diera
 un claro día,
 con sus vuelos, sus trinos, 10
 su inefable algarabía.

-23-

△▽

Escena recobrada

En los atardeceres morosos del estío, △▽

qué pronto se oscurece
el ámbito silente
del corredor cerrado de esta casa
renovada. 5

Entre un suave rumor que gesta la penumbra
se oyen voces perdidas en el tiempo;
y aquel niño que fui cruza corriendo.
¿Y tras de qué luciérnaga?

Bajo el alero de la vieja casa 10

el último claror de otro crepúsculo
perfila todavía
el rostro de la abuela,
el lánguido batir de su abanico
y, en urgencias dolientes por la cena, 15
las manos diligentes de mi madre
atizando la lumbre del brasero,
el ascua de sus penas.

-24-

△▽

Revelación en el parque

*y un viento claro que otros labios besa
de los desnudos, puros, exentos amadores.*

Vicente Aleixandre

El crepúsculo sangra △▽

entre los árboles de la colina.
De la penumbra que despide el Este 5
llega un soplo frío, fatigado por ánimos exangües
y, tal un lento estilete,
entre el beso inminente de los dos amantes cru[...]
y agita las hojas secas en el suelo.

Así debieron de haberse agitado 10

los espíritus de otros amantes ya extintos
cuyos huesos, profanados,
rodaron cuesta abajo

del *Mangrullo* expugnado.

-25-

△▽

Acosta Nú

Qué voces, qué gritos,

△▽

qué gemidos silenciados lleva el viento
desde este campo
sosegado.

Un túmulo allá,

5

otro más acá,
figuran insepultos ángeles
abatidos.

En todas partes

los grillos recomienzan
la trunca canción de ronda
de los niños.

10

Una a una las estrellas

develan el fulgor adolescente
de los ojos apagados
en el martirio.

15

-26-

△▽

Fruta

a Juan Manuel Prieto

Tierra, agua, savia, sol

△▽

y la flor inmolada:
artificio de la naturaleza
para la gesta de la maravilla
insinuándose:
fruta. Ahí hermosa,
desde los viejos tiempos de la tierra,
reinventando paisajes,

resucitando pájaros azules,
inaugurando aromas pertinaces. 10

Allí en su cuerpo o forma o su milagro

todo un cielo o un rubor
y un verdor y la luz o el oro caben:
tersura fosca, terciopelo o brillo
sellando el continente 15
del jugo agraz o dulce,
de la sangrienta pulpa o sabrosura pálida;
azuzando en los ojos un orgasmo,
el misterio del tacto,
la avidez o el anhelo de la boca. 20

-27-

Fruta:

dación-mujer o viceversa,
bíblica tentación,
saciedad primigenia;
repítese a sí misma, oh eterna, 25
desde el secreto aliento
latente en la semilla.

-28-

△▽

Joven viuda en el estío

El sol en la colina, △▽

en el aire caliente el canto
de la cigarra
y en la cabeza de pronto el espanto
que sobre su pecho se inclina: 5
ciertas nubes, con clara indiferencia,
ahora esparcen sombras, sombras
con nítidos perfiles de la ausencia.

Sombras que traman todavía

un estertor de llanto en la garganta 10
mientras crece, febril sobre el ombligo,
la puja entre el recuerdo
y el olvido.

-29-

△▽

Recuento

La mañana se abre al mundo	△▽
y me estremezco de asombro: en todos estos años tan poco he mirado, tan poco dije.	
Mientras mi corazón dudaba	5
entre el fervor y el desengaño; mientras la pena y la alegría dábanme temor y coraje: cuántas veces florecieron los mangos.	10

-30-

△▽

Ensayo de biografía

Nada recuerdo de aquel norte	△▽
donde empecé la vida entre paredes de palma y barro, a cuatro pasos del río que mis padres remontaron tras un claro de luna siquiera para la larga noche de sus manos vacías.	5
Recuerdo sí mi infancia en esta urbe, mi memoria inaugurada con asombro inocente entre las pavesas del vasto fratricidio: en todas partes el humo, la pólvora, las cápsulas servidas, las moscas acosando el cuerpo derrotado de un joven marinero	10
y, bajo el cielo encarnizadamente lóbrego, los brazos en alto de mi padre caminando hacia el arbitrio de anónimos verdugos con la súplica infructuosa de mi madre entre las sienes y el fusil de un imberbe alucinado midiéndole la nuca.	15
Pocos años después, con un tumulto en la sangre vi trizarse el mágico espejo, aquel que reflejaba la imagen de Vida fraguada con mi errante sueño de inmortalidad: por vez primera oí el vocablo <i>aciago</i> , su extraña resonancia adjetivando a un mes;	20

-31-
dijeron que la abuela agonizaba (Agosto se había vuelto contra ella);

sentí el secreto helor que me iniciaba al miedo
y, al abrirse las compuertas del llanto al dolor de los mayores,
definitivamente supe:
las lágrimas no sólo anegaban los ojos de los niños. 25

Pude entrever entonces el río al que nacemos,
a cuya opuesta orilla
la misma gesta irrevocablemente nos empuja.
Mas también pude entrever
que no siempre su curso un vado nos ofrece: 30
enfrentados a aguas turbulentas,
consumimos nuestro tiempo en la búsqueda afanosa
del Puente de la Dicha y el Sosiego.

-[32]- -33-

△▽

- 2 -

-[34]- -35-

△▽

Las huellas borradas

Era ella muy de estirpe vendedora. Lo aprendió de su madre, quien durante el tiempo más largo de su vida acumuló variada riqueza de suspiros, gracias al debe y al haber que ejercitaba al fin de cada día, ora acerca de una cesta casi intacta de verduras marchitas; ora con respecto a un saldo de achuras despreciadas y, tantas otras veces, ante minúsculos lotes de adminículos prescindibles -que iban desde el jabón de olor hasta los pares de medias de calidad incomprobada-, muy ajados por el manoseo a que los sometían los prolongados actos de la febril oferta y la demanda fría. Y empezó el aprendizaje muy de niña (si podemos llamar así a quien aún no está en edad de merecer escolaridad, aunque sí su muy difundido antónimo): de pisada en pisada, de traspie en traspie, seguía fielmente las huellas de su madre, siempre a dos pasos de ella y a tan sólo uno de aquel apresurado óbito de la infancia, recorriendo el centro de la ciudad y sus calles aledañas, donde tocaban o llamaban en todas las puertas y, en los suburbios, en los más variados sinónimos de ellas. Un buen día su madre decidió aprehender la esperanza y, más por instinto que por saberlo, la buscó por su color: la hizo suya con un verde de ningún matiz geográfico al que, sin embargo, llamaban *de París*.

Fue acogida ella entonces por una piadosa familia del vecindario, tan piadosa cuan numerosa -la cantidad -36- también le facilitaba la virtud de no pecar de holgura económica-. Al alba, allí le colgaban del brazo un canastito repleto de pasteles que salía a ofrecer de obra en obra, de taller en taller, de casa en casa, para pagarse los derechos a techo y comida que, esporádicamente, también le desprodigaban. Pero ella no se quejaba, pues era feliz a su manera. Y así fue andando hasta que empezó a despertar a las etapas lozanas de la vida: primero despertó a la adolescencia, luego a la pubertad y,

un amanecer de fragorosos trinos de gorriones madrugadores, se despertó en una obra en construcción, muy pegada en el catre a un albañil encantador que también oficiaba allí de sereno por las noches. Éste, cuatro meses después, negó la deuda contraída y ella tuvo que exiliarse de su asilo piadoso, con sus mínimos bártulos y la creciente protuberancia de su vientre a cuestras. Alquiló un cuchitril acochinado en la periferia, donde conoció a una buena mujer que le daba -en consignación- chipas para la venta, lo que a su vez le daba a ella para la compra de pañales que bordaba con primor ilusorio. Pero lo que un pestañeo duró la ilusión que engendró el alumbramiento: se apagó tres meses después al soplo estival de cierta diarrea muy difundida por entonces. Y como no tuvo otro remedio, se repuso y siguió vendiendo lo que sea, contra viento y marea. En este -37- su consuetudinario menester, empezó a recibir ofertas de todo tipo, principalmente de tipos que le ofrecían el oro y el moro en simple trueque por el apreciable cuerpo. Pero ella rechazaba estas demandas porque tenía todavía, como respetable reserva, ese *Potosí de oro viviente que pesa como un mundo: el corazón*. Y así continuó por un tiempo más, recaudando menos de lo que necesitaba para pagar el cuchitril y la comida, hasta que, pasados algunos años, empezó a sentirse muy sola y a comprobar que las ventas -de acuerdo con el debe y el haber que ejercitaba al fin de cada día- le reportaban beneficios muy en discordancia con el espíritu semántico de este vocablo. Y ya sin oro ni moros en la costa, con varios dientes de menos y más acorde con sus principios de no vender su alma al diablo -en este caso un endiablado bohemio desocupado con uñas de guitarrero-, optó por largarse a las calles (o a las plazas o a las esquinas, según el caso obligue), no para vender, sino para alquilar los placeres de su cuerpo al mejor postor (en hipótesis de pujas). O para cederlos en gratuidad a cualquier degustador pasajero que le cayese en gracia.

-[38]- -39-

△▽

- 3 -

-[40]- -41-

△▽

Tres poemas para J. A. Rauskin

-[42]- -43-

△▽

Entre las verdes riberas

No hay modo de ponerse a cubierto

△▽

en la cubierta de esa lancha

al arbitrio del sol.

Bajo un cielo sin nubes,
aguas abajo, 5
bajo ninguna carpa, lona o sombrilla
(apenas con el pañuelo
una hipótesis de toldo);
entre la concurrida toldería
y el peñón solitario; 10
entre aquel ex piquete
de reses reservadas, bien conservadas,
y esa villa aún occidental
pese a su veleta siderúrgica;
bajo el puente que no une (felizmente) ese remanso real 15
con aquella urbanización
fragorosamente fabulada;
-44-
hacia la urbe quimérica
y su mal ganada fama de fabulosa
por su bien organizada encomienda 20
famularia;
desde un norte de brújula invertida
baja,
baja con la lancha,
se aproxima, 25
se acerca
esa carga de hacinada,
humana esperanza.

-45-

△▽

Ninfa de la ribera

Soles hay, △▽

saliendo de sus ojos.
Y va saliendo de ellos
la luz azul del río
o un süave matiz de camalotes. 5
Arriba, coronando la cabeza,
su cabellera es sauce oscurecido
que llora su negrura irremediable

hasta ese espacio terso
mediante entre la nuca 10
y el istmo tentador de su cintura.

Constante blanco de los ojos ávidos,
cuando camina y cruza entre el deseo
su cuerpo tiene el gesto
del lento balanceo 15
de los botes anclados,

de esa onda suave, cóncava y convexa,
del río que se mece en un remanso.
Mas por sus venas fluye
un torrente callado, 20
la fuerza de su púbero latido
corriendo con presagios
de amor en cataratas.

-46-

Una legión de labios anhelantes
de costa en costa con ardor la nombra: 25

es sueño y pesadilla,
es sopor, es vigilia
y es ansiedad hiriente
sangrando en los barrancos
si una puja dormida 30
entre zagales bravos
despierta en los cuchillos.

Oh muchacha sencilla,
victoria perennal de la hermosura,
regia revelación de la ribera: 35
que la muerte te lleve en primavera
para ser siempre la que siempre quiero:
simplemente doncella.

-47-

△▽

Momento

Igual que este río △▽

mañana desembocaremos
en un hondo océano.

Mi fugacidad

súbitamente me impacienta 5
y el corazón se ensombrece.

Mientras,
jubilosa el agua cabrillea
en nupcias con el sol.

-[48]- -49-

△▽

Tres poemas para Óscar Ferreiro

-[50]- -51-

△▽

Metálica fanfarria

Para buscar el astro sin mal

△▽

en la piedad de las constelaciones,
desde la floresta vuela un silencio,
súplica entre las trompetas
en la hora inaugural de otro desierto.

5

En un árbol indemne

pían los pájaros cantores
sobre el gemido del ciervo abajo,
rezagado en la isla condenada.
Entre hierba torturada y pichones deshechos,
con metálica fanfarria
avanzan las orugas
hacia el develado escondrijo
de las mariposas.

10

Cielo de plomo, lloran

15

las piedras de los planetas híbridos:
tan poco antes del horror
y su famélica nostalgia,
el hombre pule todavía
el oro engastado en su cerebro.

20

-52-

△▽

Impunidad

Bajo el sol de mediodía △▽
 zumba un enjambre de moscas:
 los bagres más pequeños,
 desechados,
 boquean apenas en la arena. 5
 Ninguna huella del hambre
 en ese acto reflejo
 del hombre.

-53-

△▽

La trampa

En la naciente mañana, △▽

cuando el sol despereza la vida
 y despiertan, trinando, los gorriones,
 la rata envenenada por el cebo,
 ciega, seca y diminuta 5
 agoniza en el silencio de un rincón sombrío.

Consumido el fuego de otra fatua jornada,
 no advertimos el desliz en nuestro regocijo:
 los frívolos placeres ya apuran en nosotros
 la instancia más abyecta 10
 de la mortalidad.

-[54]- -55-

△▽

Tres poemas para José-Luis Appleyard (Del ayer lejano - 1964-)

△▽

Tríptico hominal

I

Sabiendo tanto como sabemos del tiempo, △▽

así sabiendo bajó hasta las calles.
 Detrás dejó las colinas,
 detrás dejó los recuerdos
 y su corazón de niño. 5

De tanta claridad el corazón latiendo,
 rehuyó la umbría de su mangal antiguo,
 y fue modelando las formas
 de un bajel más duro
 para llevar en él, lejos, 10
 a un mar más nuevo,
 a un mar más bravo,
 la masculina ilusión madura en carne.

Nueva atalaya de deseos,
 flamante Apolo en su creación reciente, 15
 fue expandiendo su anhelo,
 rubricando el destino en su faz segunda,
 en etéreos, pujantes pasos de cabro nuevo.

Pletórico de hombría
 fue succionando las horas 20
 para adelantar su estío.

-58-

Fue golpeando las puertas de su naciente Vida
 con las eróticas aldabas
 de su euforia estival.

II

Vio dos palomas desnudas 25
 posarse en su camino.
 Subió la sangre al rostro
 y el temblor pobló su cuerpo.
 Crispó sus manos netas
 ante la entrega de una de las aves 30
 y ante la súbita eclosión
 de una llama en el pecho.

Y así, sencillamente juntos
 con el abrazo en la hierba,
 quemando flores silvestres 35
 con la piel al viento,
 fue gestando el comienzo de un final de fuego.

La nueva condición traía en olas
 la vieja parcela de recuerdos
 y bañaba queda sus pupilas 40

dando paso al brioso,
inexorable cambio.

-59-

III

Estaba sangrante el cuerpo,
mas el corazón sin mácula.
La roja presencia ardía 45
en el antiguo lecho.
Dura presencia de sorda llamarada,
plácido ataúd abierto
a su adolescencia ardida.

-60-

△▽

Verano de Lisa

I

A su debido turno
la pubertad comenzó a tejer
la cortina abierta a la vida.
Lisa tenía un tesoro a su cuidado.
Llegó el verano a ella 5
fingiendo primavera:
el cauce seco de sus entrañas
conoció el sabor de caudalosas aguas,
agitadas, 10
que bramaban como el mar tempestuoso.
Soltó sus cabellos sobre sus senos verdes
y olvidó su tesoro.
Corrió por la pradera, fresca,
quebrando a su paso los frágiles arbustos.
Cansada, se miró en el espejo grande 15
que dejó en la tierra la última lluvia.

Diálogo con el espejo

«Ten cuidado de manchar los pétalos

de tu abierta rosa blanca».
¿Y es blanca también mi piel
y hermosa mi cabellera? 20
-61-

«Cuando vuelvas de tu largo viaje
te bañarás en mí
o en el lago que engendrarán tus lágrimas».
¿Y soy muy bella?

«Todo lo bello que tienes 25
está encerrado en el ánfora de tu alma.
No lo rompas, o morirás con él».
Sus pies volvieron a hundir la fresca hierba;
sólo el estío supo de sus huellas.

II

Del árbol más alto que crecía en la colina 30
bajó el halcón que se posó en su cabeza.
Lisa abrió su pecho
y le ofreció al ave
como tímida morada.

El primer escalofrío 35
bañó su piel virgen
y la primera canción de primavera
besó sus oídos.
-62-

III

La luna nacía de nuevo
y una blanca paloma en el aire: 40
voló el halcón,
abandonó su lecho.
Los ojos de Lisa, bermejos,
contemplaron, fríos, la nueva comunión.

IV

Tenía una pluma entre las manos 45
y, a sus pies, el mar.
El sol depositó un beso en su frente

y la playa, silenciosa,
cobijó su cuerpo.

-63-

△▽

La vida verdadera

Ella se interna en el bosque:

△▽

ante su figura de paloma
toda la vegetación palidece
y el tiempo súbitamente se detiene.

Detrás de la ninfa,

5

leve,

silencioso,

como un felino al acecho,

el fauno estudia la perfecta anatomía

y busca el rincón y aguarda el momento.

10

En el alto cielo,

más allá del canto de las aves

que prontamente enmudecieron,

la Vía Láctea sonrío complaciente.

El presagioso silencio se rompe

15

con los gemidos de la deidad acorralada.

La gramilla recoge los bramidos del fauno

y nuevamente oficia de tálamo

como en todos los tiempos.

La Cruz del Sur calca el derrotero

20

de los brazos femeninos,

-64-

de sus piernas fugazmente adosadas:

la fuerza primigenia grita su triunfo

y ya todo no es más que los cuerpos

atenazados por la jauría del Deseo.

25

Reviven los murmullos,

los jadeos desfallecen.

El ciclo vital sacrificó una virgen de nuevo.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

